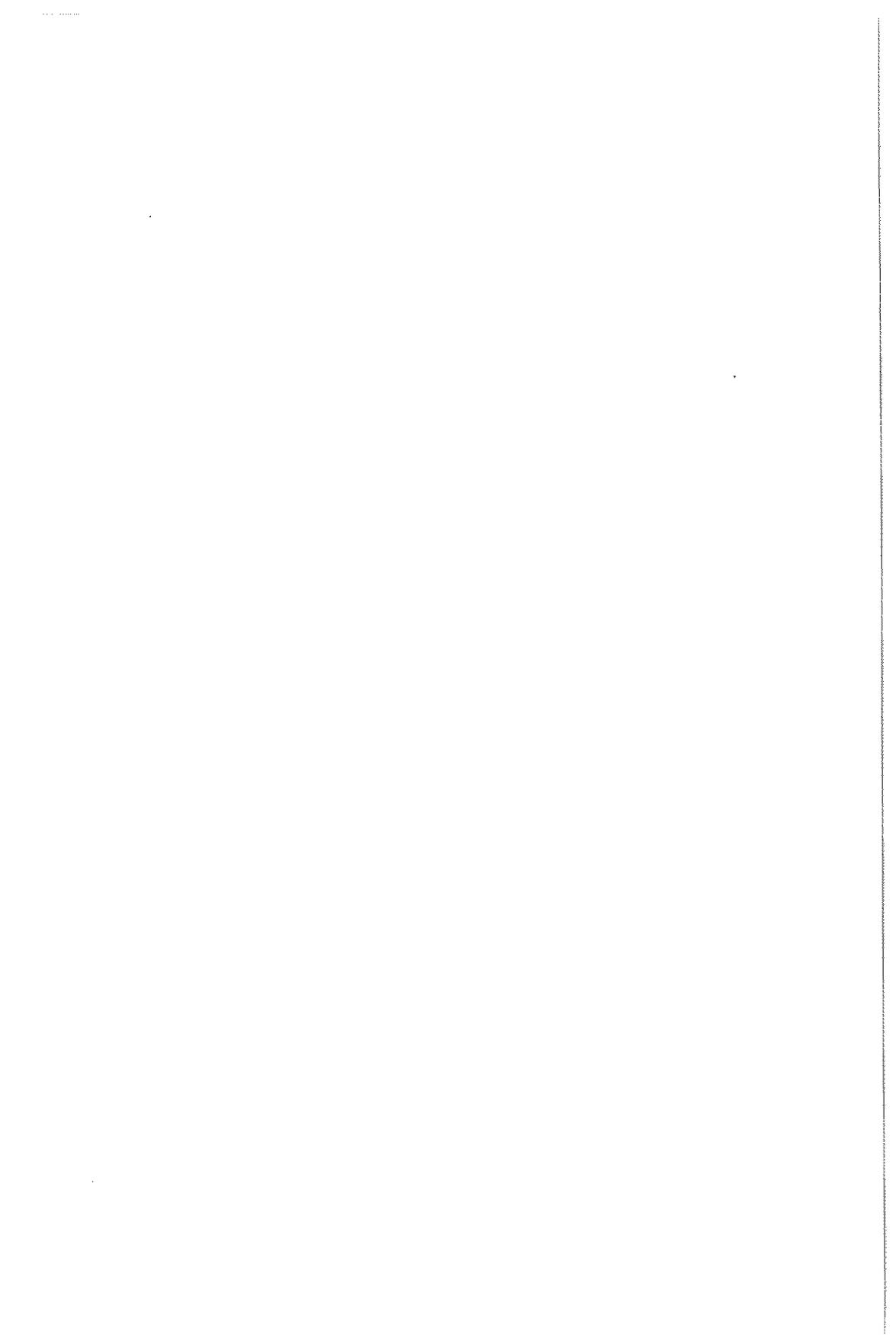


Reseñas



ARIAS MONTANO, Benito, *Historia de la Naturaleza. Primera parte del Cuerpo de la Obra Magna*. Edición de Fernando Navarro Antolín, Estudio preliminar de Luis Gómez Canseco, Traducción de Andrés Oyola Fabián et al.. Huelva: Universidad de Huelva (Bibliotheca Montaniana), 2002, 659 págs.

Durante los últimos años de su vida, Benito Arias Montano (1527-1598) reside en la Peña de Aracena, retirado de las tareas de la Corte, y entregado por completo al estudio y a la escritura de su *opus magnus*, una trilogía que finalmente se redujo a dos títulos. El Servicio de Publicaciones de la Universidad de Huelva (en la colección *Bibliotheca Montaniana*) ofrece al público, traducido, el segundo de estos volúmenes, la *Naturae Historia*, o *Historia de la Naturaleza*. La otra obra, cuya traducción apareció en la misma colección en 2001, llevaba por título *Liber generationis et regenerationis Adam, sive de historia generationis humani* (*Libro de la generación y regeneración del hombre, o acerca de la historia del género humano*). Este primer volumen de su *opus magnus* (publicado por Montano en 1593) giraba en torno a la historia del ser humano, tomando como guía la historia de la salvación narrada en la *Biblia*. En el caso de la *Historia de la Naturaleza* (que se publicó póstumo, en 1601), el interés se centra en el mundo creado, una especie de enciclopedia natural que se basa también en la *Escritura* a través de la nomenclatura hebrea.

Se trata de una amplísima obra cuya traducción ha tenido que ser confiada a un equipo de traductores (Andrés Oyola Fabián, Regla Fernández Garrido, Guillermo Galán Vioque y José Solís de los Santos). La edición ha sido dirigida por Fernando Navarro Antolín. Luis Gómez Canseco ha preparado un enjundioso “Estudio preliminar”, como ya hiciera en el *Liber generationis*; y Andrés Oyola Fabián ha dedicado un capítulo sobre “El pensamiento pedagógico de Benito Arias Montano”.

El método expositivo que sigue Montano es el mismo que en el *Liber generationis*, en realidad, el mismo que ha llevado a cabo desde su primera obra de importancia, los *Commentaria in duodecim Prophetas* (1571). Se trata del género del comentario bíblico, la explicación y amplificación de los contenidos de los versículos bíblicos escogidos, con la diferencia de que en los tratados exegéticos el orden de los lugares de la *Escritura* lo marca el libro que comenta (un profeta, un salmo...), mientras que ahora es el contenido previo que trata el que va marcando la búsqueda de los pasajes que puedan arrojar luz sobre la cuestión.

El contenido de la obra comienza, después de una dedicatoria y el *Argumento*, con unas *Anotaciones* al Prefacio de la obra anterior, la *Historia del Género Humano* (págs. 101-140). Posteriormente, se extiende en varias secciones: *De la profecía y los profetas* (págs. 141-235), *Disertación sobre los ángeles* (págs. 237-261), *De la naturaleza de las cosas* (págs. 263-462),

Del hombre (págs. 463-592) y *De la vida animal del hombre* (págs. 593-655).

Entre las fuentes que se pueden rastrear en la obra, el Prof. Gómez Canseco ha señalado la *Historia Natural* de Plinio, pero también los comentarios hebreos y cristianos del *Génesis*, como los debidos a san Ambrosio, san Agustín, Filón, Orígenes y san Basilio, entre otros (pág. 48). No parece ajeno tampoco a la influencia de neoplatónicos, pitagóricos y herméticos, incluido el gran divulgador de estas tendencias en el Renacimiento, Pico della Mirandola (pág. 54). Al florentino se le debe otro comentario al primer libro de la *Biblia*, el célebre *Heptaplus*. Gómez Canseco ha tenido muy en cuenta estas últimas influencias, por encima de las posibles aportaciones de los comentaristas del *Génesis*, una labor ardua en todo caso, pues Montano no suele citar la procedencia de las ideas que surgen al hilo del discurso.

El humanista de Fregenal demuestra un vasto conocimiento de la naturaleza, cuyas realidades explica con versículos bíblicos en que aparecen nombradas. Se trata de un interés que se remonta a sus años de juventud, y que se tradujo en la afición por el coleccionismo y la lectura de libros de ciencia, de los que llegó a tener una buena biblioteca. La relación entre la ciencia, como estudio de la naturaleza, y la *Escritura* proviene de la visión unitaria de la realidad y del conocimiento que posee el frexnense. Montano no sigue, por tanto, la estela del nominalismo que separaba los órdenes humano y divino, y que terminaría en el *método experimental*. De hecho, previene a menudo contra las opiniones de "ciertos filósofos" en los que hay que ver los precedentes de Descartes y Locke. Como señala Gómez Canseco en su introducción, el modelo de Montano es el de "una inducción empírica guiada por la revelación" (pág. 59). De este modelo de humanismo cristiano deriva también su pensamiento pedagógico, como ha estudiado Oyola.

Hay que hacer notar otros dos presupuestos teóricos que subyacen que subyacen en la metodología montaniana: en primer lugar, el convencimiento de que la *Biblia* constituye la fuente máxima de verdad, por lo que es el instrumento más adecuado para alcanzar la sabiduría; en segundo lugar, la concepción de que la lengua hebrea es la primera de la humanidad, y que es una lengua motivada por la naturaleza del referente. Como consecuencia de esta última premisa, la investigación etimológica de los nombres hebreos tendrá máxima utilidad para conocer la esencia misma de las realidades nombradas.

Ambos presupuestos explican un dato ofrecido por Gómez Canseco en su "Estudio preliminar", y es el de los más de tres mil pasajes bíblicos que se citan, con casi un 87% de citas del Antiguo Testamento (pág. 23). Por otra parte, la insistencia en el léxico hebreo conecta esta obra con otra que resultó especialmente polémica durante la vida del autor y después, el *De arcano*

sermone, que apareció en el volumen VIII de la *Biblia Políglota de Amberes* (1571).

El libro ofrece un interés indudable para los estudiosos de los diversos campos del pensamiento renacentista. Ha merecido la pena el trabajo que ha realizado el equipo de estudiosos que lo ha devuelto a la luz. Esperemos que la *Bibliotheca Montaniana* cuente pronto con nuevas obras de este importante pensador. [FRANCISCO JAVIER PEREA SILLER]

BENÍTEZ, Francisco, *Belalcázar. El Halcón y la columna*, Ayuntamiento de Belalcázar-Diputación de Córdoba-Ediciones Duque, 2003.

En la presentación de la última obra de Francisco Benítez, el alcalde de la localidad que da título a la misma, Vicente Torrico Gómez, resaltaba el carácter local de esta pieza teatral con emotivas declaraciones, al tiempo que dejaba claro que el objetivo de la edición de la obra es, junto con la difusión de la historia de Belalcázar, que el pueblo disfrute con la participación en su representación. Por tanto, nos situamos ante una obra de encargo, “pensada y escrita” con la finalidad mencionada, pero en ella lo que pudiera haber de “localismo” no contraviene su plena valía desde una perspectiva literaria amplia, ya que la calidad del texto y su propuesta teatral supera las barreras que en otro caso pudieran derivarse de su punto de partida.

Francisco Benítez es un autor a quien no le hace falta presentación, porque cuenta con una larga y conocida carrera artística. Entre sus obras estrenadas se encuentran *La víspera* (Barcelona), *Los invitados* (Granada), *Farsa inmortal del Anís Machaquito*, *El Rosario de la aurora* y *Melodrama verídico de Burri de Carga* (Madrid); entre las publicadas, *Los invitados* (Escélicer), *Farsa inmortal del Anís Machaquito* (La Avispa), *Melodrama verídico de Burri de Carga* (La Avispa) y *Joaquín Muñoz en casa de las máscaras* (La Avispa), además de las recogidas en los volúmenes *Números* (La Avispa), *Candelabro de muecas* (Diputación de Córdoba) y el *Pergamino de la historia de Francia* (III Premio Duque de Rivas), entre otras.

También la primera cuestión que nos suscita la lectura, acerca de la trascendencia de una obra de este tipo fuera del contexto que la genera, cuenta para su resolución con un antecedente del mismo autor, *La vaquera de la Finojosa*, cuya efectiva trayectoria teatral avala esta escritura. En 1998, coincidiendo con el VI Centenario del nacimiento del Marqués de Santillana, se representó por primera vez esta obra en Hinojosa del Duque. En ella, se recrea la estancia histórica de don Iñigo López de Mendoza en la villa aproximadamente en 1432 y su enamoramiento de una vaquera. De hecho, existe una carta manuscrita del Marqués dirigida al Conde de Torres Bermejas, en la que se cuenta lo ocurrido entre el poeta y la vaquera, con fecha de 1438. Y a ello se debe, con toda seguridad, la serranilla que comienza “Moça tan fermosa non vi en la frontera como una vaquera de la

Finojosa”, así como la alusión a tal personaje femenino en tres de sus serranillas. El éxito de esta representación, manifiesto no sólo en el público, sino en la crítica —que llegó a galardonarlo con el “Premio Internacional Munde Teatre”— llevó, tras una segunda representación al año siguiente, al Ayuntamiento de Hinojosa del Duque a establecer el carácter bianual de dicha puesta en escena.

Coincidiendo con *Belalcázar*, se trata de un espectáculo de inspiración medieval y, de acuerdo a sus mismas posibilidades escénicas, se representa en la Plaza de la Catedral de la localidad con la participación de unos ciento cincuenta vecinos —unos cuarenta y cuatro en el caso de *Belalcázar*— repartidos en una variada tipología de personajes (pastores, aldeanos, serranas y otras capas sociales) y con una rica ambientación escénica propia de un ambiente rural. Salvo los caracteres populares de la representación, los dos textos presentan concomitancias con comedias del teatro barroco como *Fuenteovejuna* de Lope de Vega. Así, desde el mismo título que alude a una localidad concreta, se aprecian rasgos como la presencia de un componente histórico argumental, asociado, como en toda una serie de obras del siglo XVII, a las conflictivas relaciones entre el rey, el noble y el villano, como *El mejor alcalde, el rey*, *Fuenteovejuna* o *Peribáñez y el comendador de Ocaña* de Lope de Vega, en las que el drama se teje en torno a un personaje que detenta injustamente su poder hasta desencadenar una sublevación.

Como en los dramas barrocos, Benítez acude a una ambientación entre la verdad histórica y el valor significativo, en este caso la constitución del condado de Belalcázar y sus momentos de prosperidad, cuando estaba formado por territorios de Badajoz y Córdoba e incluía varios pueblos, como Hinojosa del Duque o Villanueva del Duque. La acción transcurre entre 1432 y 1483 para evocar el proceso por el que se pasa de señoría a condado, si bien no de forma lineal, sino a través de un dramático juego de prolepsis y analepsis, junto a situaciones intemporales —fuera de la acción o en la mente de los personajes—, que dota a la obra de una gran viveza y movimiento.

Otro rasgo compartido con el teatro nacional es el componente lírico con la introducción de los romances y las canciones populares, fundamentalmente por parte del coro de mozas, destacando, el que cierra la obra en réplica dramática al de la boda de doña Elvira y don Alfonso; también destaca la solemnidad de los alejandrinos del coro de mancebas, que tiene una funcionalidad de premonición, en consonancia con la tragedia griega. En menor medida el componente lírico aparece en parlamentos individuales, como el romance de don Álvaro antes de irse a la guerra o el diálogo ficticio entre Leonor y su difunto marido, Guzmán. La ágil articulación de los parlamentos acerca en muchos momentos la prosa al ritmo del verso, encontrando un punto intermedio entre el lirismo de la dramaturgia barroca y los hábitos del oído y la comprensión del público actual. La modernización muy acertada de ciertos términos —junto al conservadurismo necesario de

otros—contribuye al acercamiento de la época al lector/espectador moderno, de manera que se recrea el ambiente medieval, pero sin olvidar su proyección actual y nos sitúa ante una obra plenamente contemporánea, ajena a un patrón concreto.

Desde el punto de vista genérico, la obra se acerca al modelo de la tragicomedia, ya que, aunque presenta el riesgo trágico e implica afectivamente a los espectadores, hasta alcanzar la catarsis final, además de la función apuntada del coro de las Mancebas, la combina con una relativa comicidad perfectamente aislada del conflicto dramático y encarnada en la figura de la atolondrada doña Piedad. Además, hay situaciones dramáticas de cierto tinte cómico como las que giran en torno a la columna y la ironía de Leonor. Los efectos se potencian con la propuesta de puesta en escena a partir de su esencial carácter colectivo y coral, con amplia participación de figurantes, y, sobre todo, por estar concebida para la representación al aire libre en la plaza del pueblo, en abierta oposición al modelo dramático y teatral del escenario encerrado en una sala, con la distancia prevista entre actores y espectadores. La propuesta de esta obra desde su propia génesis es la contraria: la disolución de las fronteras entre el público y la representación, entre el pasado y el presente, entre la historia y la leyenda, con algo de rito y de ceremonia barroca.

En cuanto a la trama y los motivos temáticos, la obra gira en torno a la vida de la familia noble de los Alcántara, cuyo último miembro llega a ser conde de Belalcázar, y nos sitúa en las intrigas cortesanas y las revueltas de los nobles de una Castilla de guerras, alianzas y traiciones, en la época turbulenta de los reinados de Juan II, Enrique IV y los Reyes Católicos; junto a este contexto histórico, la obra recrea la vida cotidiana de unos personajes con unos sentimientos y unas preocupaciones concretas e individualizadas. Es en su construcción donde el texto muestra la destreza y su solidez compositiva. Elvira es uno de los más interesantes, con su papel de mujer fuerte en su papel de cabeza de una familia noble deshecha económica y socialmente por culpa de su marido y su desenlace como víctima del conflicto central. En el caso de Alfonso su fracaso es consecuencia directa de la deshonra de su padre, cuyo despotismo reproduce, pero con la falta de rigor reveladora de una decadencia. Completando la saga, Guzmán se presenta como "el salvador", que acaba con la angustia que arrastraba la familia desde la traición de su abuelo.

La división formal de la estructura dramática, en dieciocho escenas formando tres partes ("El Maestre", "El Halcón" y "La Columna"), permite de cara a la adaptación escénica una gran flexibilidad: cada parte tiene la unidad suficiente para representarse aislada o junto con las demás, al modo en que se organizaban los retablos del gótico evocado en el texto, con paneles de valor autónomo, pero con pleno sentido en el conjunto. Considerado en su conjunto, el texto mantiene el orden barroco de la división ternaria. La

primera de las partes gira en torno a la figura de don Gutierre de Guzmán, Maestre de la orden de Alcántara. Tiene una estructura cíclica organizada en tres secuencias. La primera (dos escenas) nos sitúa en el presente y nos informa sobre la crueldad del Maestre, creando el clima de tragedia. La segunda secuencia es una analepsis hacia el pasado del personaje (tres escenas). La última (una escena), nos devuelve al presente, con un Maestre arrepentido y abierto a una cierta esperanza. "El Halcón" se compone de una secuencia de cuatro escenas alrededor de la figura de Alfonso, aunque tiene tres tramas clarísimas: situación inicial relacionada con la boda, conflicto interior de Alfonso y desenlace fatal con su muerte. Finalmente, en "La Columna" es Gutierre el protagonista de la saga familiar del Maestre, aunque, como hemos dicho, el protagonismo de Elvira desde su aparición como mediadora es evidente; supone la restitución del orden en tres planos que equivalen a tres secuencias: el plano político y social (una escena), el plano religioso (cuatro escenas) y el plano interior de los personajes, especialmente de Elvira (tres escenas). Aunque el esquema es similar al de la comedia nueva de Lope, su ritmo es más pausado, y la caracterización más compleja de los personajes potencia los tintes de tragedia. A lo largo del texto un elemento de conexión entre una parte con otra garantiza el sostenimiento de la tensión dramática, en tanto que la articulación en cuadros escénicos permite la adaptación del espectáculo a circunstancias diversas de lugar, tiempo y recursos.

El espacio dramático se organiza en un juego muy conseguido con la variedad de los escenarios. Las cuidadas acotaciones escénicas revelan el oficio del autor y su dominio de los recursos escénicos. El escenario alto se emplea siempre para el Coro de Mancebas o para algunas apariciones, funcionando como contrapunto dramático y escénico a la acción principal. La diferencia entre los escenarios A y B se apoya en el juego de luces, permitiendo tanto la simultaneidad como la alternancia. El uso de la penumbra y las luces mágicas sirve para crear situaciones irreales que se producen en la mente de los personajes, combinando fantasía y realidad. El proscenio cumple un papel importante en dos ocasiones, estableciendo paréntesis en el desarrollo de la acción en un juego con el público, entre el distanciamiento como espectadores (en la escena de Cola María Bazurto) y la identificación como habitantes del lugar (en la arenga militar de Álvaro). En los cambios de lugar y de decorado, podemos destacar, entre otras, dos escenas significativas por la riqueza visual de su representación en un espacio amplio y abierto: la citada arenga del segundo conde de Belalcázar a los espectadores como si fueran sus soldados, junto con el romancillo cantado por el coro de mozas; y la entrada y salida de la comitiva de don Juan de Sotomayor a caballo.

Garantizado, sin lugar a dudas, el disfrute del público en la representación popular, también lo está el de la difusión del legado histórico de un pueblo

con un patrimonio cultural y artístico relevante, formado por la diversidad de civilizaciones que a lo largo de la historia se han asentado en la región (íberos, romanos, musulmanes, cristianos, etc...). Entre sus monumentos y construcciones más interesantes destaca uno de los "protagonistas" de la obra: el castillo de los Sotomayor y Zúñiga o castillo de Belalcázar, que es la construcción más espectacular de la población y su emblema. La torre del homenaje —desde la que quería soltar los halcones el personaje de don Alfonso— impresiona por su tamaño y destaca por el escudo de los Sotomayor. Otras siete grandes torres de granito acompañan esta colosal fortaleza y, sumadas a construcciones religiosas y civiles, como el mayor y más bello convento de Córdoba, el de Santa Clara de la Columna, forman un escenario real con un evocador aire de medievalismo en el que se inserta la representación propuesta, en un rico diálogo entre el texto y su marco local.

Especialmente apta para su representación en el pueblo, en el escenario abierto y genuino de Belalcázar, la obra consigue el objetivo que para ella señalaba Vicente Torrico, y lo hace sin ceñirse a los límites de una coyuntura, sino en un ejercicio de escritura dramática en que confluye la tradición de nuestro teatro nacional con las aportaciones de la renovación de la teatralidad ensayada en las últimas décadas del siglo XX. Sumada a la trayectoria de *La vaquera de la Finojosa*, cuya favorable acogida merece compartir, *Belalcázar. El Halcón y la Columna* confirma las posibilidades de un discurso dramático y teatral que, a partir de lo local, se eleva a altas cotas de calidad artística. [MARÍA REY CARMONA]

DIÓN DE PRUSA, *Euboico o El Cazador*. Ed. crítica bilingüe, con introducción, traducción y comentario de Ángel Urbán, Córdoba, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Córdoba, 2004, 280 págs.

Con júbilo han de recibir los interesados en el mundo grecolatino, principalmente los especialistas del período helenístico-romano, la reciente obra publicada con el n. 12 dentro de la Colección Nuevos Horizontes (Serie Lingüística). El buen gusto, el cuidadoso esmero que presenta la reciente edición se corresponden con el tradicional aprecio que el *Euboico* ha venido ocupando entre el nutrido legado del escritor heleno Dión de Prusa, y ello no tanto por contarse entre los más extensos de sus 80 discursos (λόγοι) conservados, lo que alude a su importancia, sino ante todo por considerarse una pieza de altísima calidad literaria. Si al atractivo que suscita desde el punto de vista filológico, añadimos otras notas de interés —histórico, sociológico, ideológico, político, etc.—, que esta obra encierra, y el acierto del prof. Ángel Urbán en poner tan ricos aspectos de relieve con excelente análisis, traducción y comentario, creo que sobran motivos para celebrar la aparición de esta novedosa y original edición crítica.

Tras el índice general y un breve prefacio, la obra se abre con el detallado y bien documentado estudio que integra la "Introducción general" (págs. 13-

85). En su primer cap. (págs. 13-20), el autor nos sitúa ante la caótica panorámica de la época de Dión, un mundo decadente y crítico, como se demuestra en el bajo pulso intelectual y cultural que ha derivado en la degradación de los géneros literarios y el ocaso de la filosofía, ahora reducida a vacua retórica; la ausencia de valores éticos; el desorden social, incapaz de salvar la conflictiva distancia que separa a los miserables, en contraste con la opulencia en que viven los ricos patricios; o también, desde el ámbito político, el omnímodo poder de la gran urbe romana y las terribles expresiones de su avasallador imperialismo: censura, persecución y destierro, de los que el propio Dión fue víctima. Sólo el aprecio por la cultura y lengua griega, signo de prestigio y fundamento de la educación de emperadores y clases acomodadas, parece ofrecer un respiro en medio de esta atmósfera enrarecida en que vivió el autor del *Euboico*.

En el cap. II, "Vida y obra de Dión de Prusa" (págs. 20-35), el prof. Ángel Urbán perfila la personalidad del escritor desde una triple perspectiva: los datos biográficos (págs. 20-26), que nos lo presentan como un intelectual que vivió a caballo entre el siglo I y II de nuestra era, de familia acomodada, natural de Bitinia (Asia Menor) y honda educación filohelena. Hombre político, su actitud comprometida le hará fluctuar del favor y la amistad de emperadores como Nerva y Trajano, al padecimiento de sus tiránicos poderes, como le sucediera con Domiciano, bajo cuyo mandato sufre el destierro y exilio. Este hecho fue determinante para la ajetreada vida del brillante filósofo y orador que mereció el apelativo de *crisóstomo*, "boca de oro". Un segundo acercamiento a Dión se realiza a partir de su obra (págs. 26-33), de la que resalta su enciclopédico saber, bien patente en la amplia temática de sus discursos: políticos, filosóficos, éticos, religiosos, literarios, etc. El autor nos ofrece la relación tradicional de las obras del prusense, señalando la datación de las principales de acuerdo con Jones y Desideri y destacando algunas, como el discurso *Troyano* (Or. 11), el *Olimpico* (Or. 12) o sus cuatro discursos *Sobre la realeza* (Or. 1-4). Entre todas sobresale *Euboico* o *El Cazador* (Or. 7). Desde un tercer punto de vista, "Géneros, estilo y lengua de Dión" (págs. 33-35), el autor reflexiona sobre la técnica literaria de sus escritos, una batería de resortes oratorios al servicio de la persuasión (diatriba, dichos, anécdotas, humor, modelos míticos, gusto popular) —Dión es ante todo un orador—, y el exquisito empleo discursivo que hace de la lengua ática, expresión de su refinada cultura helénica.

El autor dedica el cap. III (págs. 36-49) a la tradición crítica sobre Dión y se hace eco de su progresiva revalorización tras reparar en las más modernas y actualizadas revisiones. Denuncia ante todo, por errónea, la ya desfasada e injusta teoría que pretendía distinguir en la biografía de Dión dos etapas: la primera, de frívolo retórico, previa a su exilio (año 82), y la segunda, apoyada en una supuesta *conversión* a partir del mismo, que lo llevaría a su plena madurez filosófica. El equívoco, explica el autor, nace de la sesgada

interpretación del término “sofista” por parte del obispo Sinesio de Cirene, que hizo extensivo su sentido peyorativo de “falso filósofo”, sin tener en cuenta su acepción originaria, sinónima de filósofo. Esta difundida y falsa corriente interpretativa de “los dos períodos” (sofista y filosófico), ha sido ya afortunadamente superada y sustituida por replanteamientos más ecuánimes, basados en los estudios de Perry, Reardon, Jones, Desideri, etc., y ello ha comportado, a su vez, la restitución de la denominada “Segunda Sofística” (págs. 40-45), movimiento filosófico-retórico del s. I d.C., que ha pasado a considerarse directo heredero de la mejor tradición literaria helena. Lejos de identificarse con aquellos embaucadores maestros de retórica, falsos filósofos, mercenarios de cultura, a los que ya en pleno clasicismo aludía Isócrates en *Contra los Sofistas* con sentido despectivo, la figura de Dión de Prusa, advierte el autor, se proyecta hoy como la de un valioso epígono de la cultura clásica, y su oratoria a estimarse como “algo más que una técnica”, conforme al noble y antiguo ideal de “la verdadera retórica (que) debía ser una *philosophousa rhetoriké*, es decir, un instrumento de acción política que presuponia una filosofía, una formación básica, una *paideia*” (pág. 42). La rehabilitación historiográfica de Dión, de sofista-retórico a filósofo político, termina por completarse cuando el autor nos precisa su filiación ideológica. Dión se inscribe en el cinismo (págs. 45-49), fenómeno de *contracultura* y *alternativa* a lo establecido, de crítica denuncia y condena a los valores sociales y políticos imperantes. Si bien es cierto que su exilio le llevó a simpatizar y vivir de acuerdo con este ideal, su cinismo, advierte el autor, no es fiel copia del tradicional, presenta tres rasgos distintivos: en primer lugar, es moderado y no subversivo, en línea con un afán educativo y moralista; en segundo lugar, nunca se inscribe fuera de la sociedad civil, sino dentro de ella, quizá porque, como propone el autor citando a Pohlenz, “era griego y, como tal, conservaba el antiguo sentimiento de la *polis*”; y, por último, huye del rasgo de locura, de la nota extravagante —estrategia cínica proselitista, demagógica y populista—, para sustituirla por una dosis de realista e irónico humorismo.

El cap. IV (págs. 49-52) recoge testimonios que corroboran el merecido y hoy generalizado aprecio de la divulgación moderna sobre el orador prusense.

El cap. V se dedica a la transmisión textual de las obras de Dión (págs. 52-57). Siguiendo los *Prolegomena* de H. Von Arnim, el autor ofrece por orden cronológico una relación de los principales manuscritos y ediciones, desde las más antiguas (Milán 1476, hoy perdida; Venecia 1551) a las más modernas, así como las más importantes traducciones de las obras completas de Dión, para terminar centrándose en la relación de ediciones y traducciones de la Or. 7 *Euboico o el Cazador*.

Al análisis estructural y estilístico del *Euboico*, así como a la descripción de su contenido, se dedica el cap. VI (págs. 57-68). El autor comienza por

subrayar, recordando al sabio alemán J. Burckhardt, el eminente lugar de este discurso, sin duda el más importante y llamativo entre todos los de Dión. Constata la clara división del texto en dos partes, “diferenciadas tanto por su léxico, sintaxis y estilo literario, como por su género literario y contenido” (pag. 57) y se detiene pormenorizadamente a comentarlas.

La *primera parte* (§§ 1-80, págs. 57-62) presenta un estilo ágil, sencillo, de períodos breves, reflejo del estilo vulgar, la *koiné*, con gran riqueza de expresiones idiomáticas. Aderezándolo con múltiples y eficaces artificios persuasivos (aventura, suspense, sorpresa, apariencia de verdad, humor, ironía), Dión narra en primera persona un relato ficticio. Tras sufrir un supuesto naufragio y ponerse a salvo en las costas de Eubea, es socorrido por un Cazador, hombre honesto que va a convertirse en auténtico protagonista al desvelarle la existencia de su comunidad, un grupo que reside en “el campo (lugar de la contraideología y de la alternativa)” y se rige por unos códigos sociales, económicos y éticos totalmente ajenos a los que rigen la vida en “la ciudad (lugar de la ideología del sistema de poder)”. Un juego de oposiciones multiplica el contraste existente entre estos dos mundos completamente antagónicos: “despersonalización y deshumanización de la ciudad frente a la personalización y humanidad del grupo que vive en el ambiente rural, códigos económicos basados en el interés y el dinero frente a normas de convivencia basadas en la relación humana” (pág. 59), agresividad frente a hospitalidad; irracionalidad frente a buen sentido y cordialidad. La ciudad (πόλις) se convierte en una imagen, “un símbolo del fracaso humano” (pág. 60), representa al poder y su proyección ideológica, en marcado contraste con el recinto de “cabañas” (σκηναί) donde vive el Cazador, un paradigma de cómo la vida de un campesino pobre puede transcurrir felizmente, inmersa en un cordial ambiente de alegría, generosidad y franca amabilidad.

Examina el autor el calculado y preciso equilibrio en la extensión de las partes del relato y su perfecta disposición en estructura concéntrica o quiástica: una introducción (§ 1) y una conclusión (§ 80), ambas muy breves, en cuyo cuerpo central se inscriben y entrecruzan dos relatos: uno *lineal*, en boca de Dión, en dos partes breves (§§ 2-10a y §§ 64-79), entre las que se inserta el relato central y *circular* (§§ 10b-63) en boca del Cazador, el más largo, donde se inscribe el núcleo fundamental del mensaje.

Esta primera parte, que da la ocasión del título, es la más valiosa del *Euboico*, por lo que merece la pena detenerse. Concentra los méritos literarios que le permiten figurar entre las obras más selectas de la cultura clásica. Una obra amena, en el que el encanto de la aventura, incluso de lo heroico, al modo de un Ulises o Robinson Crusoe, se conjuga con el atractivo del relato utópico: la sátira y la mordaz ironía orientadas a la denuncia social evocan ahora a otro ilustre náufrago, el Gulliver de Swift. La bondadosa ingenuidad y sencillez del protagonista recuerdan las de aquel otro cazador, Dersu Uzala, que magistralmente llevara a la pantalla Akita Kurosawa para

enseñarnos una lección tan elemental como frecuentemente olvidada: el valor de la Naturaleza, y la felicidad que encuentra el hombre cuando vive en alianza con ella. Más allá del bucólico tópico del "locus amoenus", que se reduce a dibujar un idílico paisaje de montañas, ríos, verdes arboledas, suaves brisas, praderas y flores, la potencial lectura ecológica que permite el *Euboico*, es un factor que ha contribuido a conferirle vivos tintes de contemporaneidad, por no decir de "rabiosa actualidad", incrementados al brindarse como un precioso testimonio para la comprensión del universo ideológico en que se debate la historia imperial romana. Su interés, en este último sentido, trasciende hasta los dominios de la filosofía política o la teoría sociológica en los que el binomio "utopía y realidad" ha resultado tan productivo (Mannheim, Bloch, Ricoeur...)

En la *segunda parte* (§§ 81-152), (págs. 62-67) el estilo es plenamente aticista, al modo de los rétores clásicos, con largos y ampulosos períodos, difícil sintaxis y algunos rasgos de asianismo. Esta parte, un discurso propiamente dicho, pese a anunciarse como un comentario de la primera, se va apartando del relato, y termina por convertirse en una abierta crítica social. Dos grandes secciones la dividen: la primera (§§ 81-103), que se centra en oponer los ricos a los pobres, y la segunda (§§ 104-152), que trata el tema de las profesiones y actividades que pueden desarrollar los pobres en la ciudad. Su final *ex abrupto* parece situarnos ante una obra inconclusa.

Parece, al leer esta segunda parte, como si ahora el programa de Dión no quisiera verse limitado al de una escapista elucubración, sino ponerse en estrecho contacto con la esfera de la *Realpolitik*, de la política cotidiana. Cierta desencanto de su planteamiento utópico, un estado de resignación planea sobre estas páginas, donde Dión se circunscribe más al plano de lo inmediato. Tratando de poner solución a los graves problemas sociales del momento histórico que vivía y abordándolos de manera realista, pragmática, Dión se nos presenta con aires de político "reformista integrado", cuando no de "moralista intransigente". La honradez sustituye así al universo simbólico de la utopía, un modelo imaginario quizá histórica y filosóficamente necesario para formular la reconstrucción de la deteriorada realidad, pero insuficiente sin atender a ella.

El cap. VII (págs. 68-79) recoge una abundante, selecta y actualizada bibliografía, distribuida en 7 apartados temáticos (1. "Estudios sobre el "Euboico o el Cazador"; 2. "Estudios sobre el léxico de Dión"; 3. "Estudios sobre los Mss., tradición manuscrita, crítica textual, gramática y estilo de Dión"; 4. "Estudios sobre la vida y pensamiento de Dión"; 5. "Fuentes de Dión, su uso de los clásicos y crítica literaria"; 6. "Dión en la tradición" y 7. "Otros estudios: Marco histórico, político y cultural". En el cap. VIII (págs. 79-81) el autor reconoce su deuda con el texto de Hans von Arnim que toma como referente fundamental; las variantes respecto a éste las ofrece en un listado que facilita su localización y en el que igualmente se señalan las

coincidencias y diferencias con el texto propuesto por J. W. Cohoon. Y, por último, en el cap. IX (págs. 81-83) el autor ofrece debidamente ordenadas la referencia de las siglas y abreviaturas utilizadas en el aparato crítico. La parte introductoria se culmina con un mapa de Grecia y la cuenca egea que presenta el escenario geográfico en que va a desarrollarse el *Euboico*.

El segundo gran bloque del libro comprende la edición bilingüe del *Euboico* propiamente dicha (págs. 87-163), seguida de los comentarios a los que da pie el sugerente texto dioneo (págs. 165-238), subdivididos, a su vez, entre los de la primera (págs. 167-198) y segunda parte (págs. 199-238).

La edición del texto griego, en la página izquierda, con un rico aparato crítico, y su traducción castellana a la derecha, facilita la visión simultánea y confrontada de la obra. Pese al componente subjetivo que entraña toda traducción, el autor, como se constata en los comentarios que siguen al texto, ha cotejado detenidamente las propuestas críticas a las variantes de determinados pasajes, sin descuidar el sentido y demandas del propio texto. Ha logrado así una fiel y pulcra traducción de la obra, de lectura ágil y amena. Ha sido un acierto colocar los comentarios tras la edición bilingüe, con lo que se evita la engorrosa acumulación de citas y notas a pie de página, algunas de considerable extensión, que a menudo impiden centrar la atención sobre el verdadero protagonista, el texto mismo.

Buena prueba del exitoso esfuerzo del autor por descifrar el recto sentido del texto la constituyen sus reflexiones sobre el preciso significado que encubren algunos términos, tal como ocurre con “libres” (ἐλεύθεροι, *com.* 13), “portavoces” (προφήτας, *com.* 118), “gente (de mal gusto, vulgar)” (βάνουσοι, *com.* 130). Matices, rasgos connotativos, que igualmente, observa con suma agudeza, se hallan presentes en expresiones con un particular sentido idiomático: “so loco” (ὦ μῶρε, § 48, valor enfático del vocativo con la partícula admirativa), “a los salvajes estos” (τοῖς θηρίοις τούτοις, *com.* 29), “a los que nada poseen” (τοὺς δὲ πένητας, *com.* 34); en los que dispensa el uso del diminutivo con valor afectivo: “bueyecitos” (βοΐδία, *com.* 16), “triguillo” (σιτάριον *com.* 44), “la querida o amiga luna” (σελήμιον, *com.* 72); el superlativo (ἀγροικότερον, *com.* 192); o los que tan sólo derivan de una sutil diferencia en la acentuación: “campesinos” (ἀγροῖκοι *com.* 131), frente a nuestro despectivo “paletos” o “palurdos” (ἄγροικοι, *com.* 131).

Es principalmente al afrontar las dificultades lingüísticas, las a menudo escabrosas cuestiones de crítica textual, cuando sale a relucir el enorme bagaje intelectual del prof. Ángel Urbán y sus amplios conocimientos filológicos, sobre todo de la koiné de la época, similar a la neotestamentaria y a la de los Padres Apostólicos (cf. *com.* 18, 68, 83, 185). Matizando, corrigiendo o proponiendo unas veces, oponiéndose o decantándose por la

opción más convincente otras, pero siempre aquilatando las prestigiosas opiniones de sus colegas (Russell, Milazzo, Emperius, Rieske, Cohoon, etc.), el autor ha examinado con pulcritud y detalle la gramática del *Euboico*. Podrían valer los siguientes ejemplos: la preferencia por el vocativo ξέυε en vez de la antigua forma ξεῖνε (§ 5, *com.* 7) o por el infinitivo εἶπεῖν en vez de εἶπεν (§ 6, *com.* 9) siguiendo a Russell; o su sagacidad al advertir el valor que encierran ciertas partículas, como el admirativo o ponderativo del artículo en τὸν ξένον (§ 68, *com.* 67), o el explicativo o epexegetico de la conjunción καί (§ 144, *com.* 196).

Al margen de las breves notas aclaratorias (de localización de términos geográficos, descripción de ciudades, medidas de longitud y capacidad, valores monetarios, etc.), dispersas entre las 215 entradas que engrosan el abundante y documentado comentario de esta edición, se encuentran muchas que por la riqueza de su contenido y dimensiones merecen una especial consideración. Destacan, por ejemplo, las que sirven al autor para resaltar la calculada estrategia discursivo-literaria del *Euboico*: narración en primera persona (*com.* 1 y 2) para conferir veracidad al relato, o el valor simbólico de la expresión “en el centro, más o menos de la Hélade” (ἐν μέσῃ σχεδόν τι τῇ Ἑλλάδι) (*com.* 3), reflejo de las añoranzas del propio Dión. Los sarcásticos juegos de palabras (*com.* 37, 38, 45), la irónica funcionalidad en los nombres —parlantes como en la comedia— de los personajes Socles y Sótades (*com.* 49, 51) y la tremenda fuerza expresiva de los diálogos que se intercalan en el hilo narrativo (*com.* 69, 70, 71), constituyen para el autor algunos de los eficaces recursos encaminados a revelar la distancia sociocultural que separa los valores del Cazador, de los que representan la hegemónica ideología de la polis.

Con frecuencia el autor repara en el elegante uso del lenguaje que demuestra Dión recurriendo a eufemismos tales como “modesta” (μέτριος, *com.* 168) por “pobre”; “sucias habitaciones” (ἐπ’ οἰκημάτων ῥυπαρῶν, *com.* 182) por “sucios burdeles”; o el del verbo “deshonrar” (αἰσχύνω, *com.* 214) para referirse a las ilícitas relaciones de adulterio y homosexualidad. Destreza literaria que igualmente despliega recurriendo al empleo de términos poéticos como “virginidad” (κορεία, *com.* 193), o figuras como el oxímoron “de indeseables deseos” (ἀνεράστων ἐρώτων, *com.* 180), la metáfora (cf. *com.* 170, 185, 196) y la ironía (*com.* 206). Hábil elocuencia subrayada por el autor al referirse al pasaje en que Dión tratando de justificar sus amplias y frecuentes digresiones acaba por aportarnos un pequeño tratado sobre la digresión misma (§§ 128-132, *com.* 174), un ejemplo de lo que podrían ser aquellos ejercicios retóricos (προγυμνάσματα) a los que tan aficionados eran los oradores de la Segunda Sofística.

Otras veces Dión acude a los poetas tradicionales para poner a su servicio la eficacia comunicativa del verso (*com.* 119-120). Conocedor de la relevancia pedagógica y educativa de los clásicos, sobre todo Homero, no extraña encontrar en su *Euboico* un buen número de referencias perfectamente registradas, identificadas y explicadas por el prof. Urbán, aludiendo tanto a *Iliada* (*com.* 6, 108, 128, 202, 203, etc), como a *Odisea* (*com.* 92-103, 105-106, 109, 110, 141, etc.). Pero su originalidad consiste, según el autor, en el modo de reinterpretar los relatos homéricos. Dión rompe con la lectura tradicional, la "versión oficial" dominante, que ha consagrado los valores de la corriente aristocrática, prestigiándolos con la antigüedad y renombre de los ilustres poetas. Reorientando la lectura le confiere un nuevo sentido, un rumbo hasta ahora inexplorado. Desenmascara, por ejemplo, los viles intereses que mueven la espuria hospitalidad de los ricos (Antinoo, Penélope, Telémaco, los feacios, §§ 83-90), que contrasta con la generosa acogida que dispensa el Cazador a sus huéspedes.

No le importa a Dión oponerse al contenido de los dichos y máximas de poetas como Eurípides (*com.* 87, 114) o Sófocles (*com.* 122) que, gozando de generalizada aprobación, conforman la opinión dominante entre el vulgo sobre las riquezas. A ello han contribuido los poetas, sus "portavoces e intérpretes", cuyo proceder, advierte el prof. Urbán, es afín al de los sofistas: manipulan, mutilan, distorsionan, extrapolan los textos, de ahí que Dión abiertamente los critique (§§ 98-102). También acude el autor del *Euboico* a un poema épico-cómico como el Margites (*com.* 140, 142) para hacer uso del peculiar tono burlón y satírica ironía que le permite figurar entre la lista de los que han combatido el crimen con la risa: Diógenes, Erasmo, Voltaire, Rabelais... Una clara simpatía, muy en consonancia con su aprecio al trabajo y reprobación de la holgazanería, muestra Dión por el poeta Hesíodo (*com.* 134-135, 139). La indudable conexión, por otra parte, del *Euboico* con modelos supraideales de organización estatal al modo de la República platónica (*com.* 172-173), lo inscriben en la tradición utópica occidental que más tarde cristalizaría en las célebres *Utopía* de Tomás Moro o la *Civitas solis* de Tommaso Campanella.

Numerosas, ampliamente documentadas y valiosas son las notas que giran en torno a los dioses y héroes griegos. La continua remisión al mito (Nauplio, *com.* 33; Ifigenia, *com.* 112; Zeus, Rea, Hera, Moiras, Ártemis, Ilitias, Afrodita, *com.* 184; Amímone, *com.* 200; Nereidas, Galatea, Ifimedia, *com.* 201; Eudoro, Polimela-Polidora, *com.* 202) se explica por diversas razones: es otro referente más del admirado mundo heleno, un adorno literario, invita al razonamiento como ya se apercibió Platón introduciéndolo en sus *Diálogos*. El mito es además un icono, una imagen ideal que configura el imaginario colectivo, de ahí su alto potencial divulgativo, que tanto interesa a Dión. No pasando inadvertidos para el autor estos factores, su gran mérito estriba en haber sabido explicar la importante función argumentativa que

desempeñan los relatos mitológicos y el alto valor simbólico que muestran algunas de sus figuras en el *Euboico*, como es el caso de Heracles, ideal y paradigma de virtud, personaje muy querido por los cínicos, cuya estatua descuidadamente abandonada en el gimnasio (§ 39) “sugiere la degeneración y corrupción moral de la ciudad” (*com.* 36). En otras ocasiones Dión desacraliza las fabulaciones mitológicas, las deconstruye y reinterpreta para convertirlas en una especie de “ficción paródica”. A este respecto resulta ilustrativo el episodio, ricamente documentado, de Dánae y la lluvia de oro, en que Dión se refiere al “dinero o riqueza como causa de la corrupción sexual” (*com.* 195), o la sarcástica alusión a las aventuras amorosas de las ninfómanas ninfas “en cuya trama la infidelidad o el engaño juega un papel de primer orden” (*com.* 198).

El *Euboico* ha suscitado interés entre los historiadores por sus alusiones a sucesos concretos de la época, como las expropiaciones efectuadas por Domiciano o Nerón (*com.* 15), o sus posibles referencias a políticas de colonización agraria (cf. §§ 33-40, § 107, *com.* 129), como también por ofrecer el más antiguo texto tal vez sobre la trashumancia (cf. §§ 13ss). En la segunda parte, al tratar sobre las ocupaciones de los pobres, el libro ofrece un interesante cuadro sociológico. El autor, irrumpiendo en el estudio de las mentalidades, facilita las claves para descifrarlo: la influyente corriente aristocrática que menosprecia el trabajo retribuido, fuese manual o no, y en la que se fundamenta la baja consideración de ciertos oficios como el de nodriza o maestro (*com.* 136-137), el desprecio de Dión, previsible en un cínico, hacia las profesiones relacionadas con el lujo y la vida muelle, a las que juzga inútiles e improductivas (*com.* 143-147): tintoreros, perfumistas, peluqueros, etc. La extensa sección final de las ocupaciones relacionadas con el sexo (§§ 133-152), con la condena al vicio y sus manifestaciones: el adulterio y la prostitución, dan paso a consideraciones que reflejan la orientación filosófico-moralista de Dión, un cinismo *sui generis*, así como su proximidad a la corriente estoica (*com.* 119-120, 187-189).

La convergencia de motivos históricos, sociopolíticos, filosóficos, éticos, literarios del *Euboico* ha contribuido a resaltar su importancia. Esta edición es digna de elogio porque habiendo atendido a todos ellos, no ha descuidado la intención fundamental de Dión, el eje en torno al que se articula su estrategia expositiva, una radical crítica socio-política, de ahí las continuas notas que impiden perder el hilo del discurso y su interpretación (*com.* 15, 20, 55, 64, 66, 70, 86, 132, 138, etc.). En este sentido, sorprende comprobar cómo el autor ha detectado algunas veladas pero intencionadas alusiones que conectan la segunda parte con la primera y que pasarían desapercibidas de no ser por su atenta mirada (*com.* 88-91, 105). Sin perder rigor y profundidad analítica, la habilidad del prof. Urbán para presentar y recrear el ambiente del *Euboico* ha sido tal, que por medio de un estilo sencillo y ameno, didáctico en suma, ha logrado transportarnos en una “máquina del tiempo” a la

antigüedad, y mostramos una viva fotografía de la ciudad y su organizada disposición (*com.* 124-126), sus casas (*com.* 58, 213), las lujosas *villae* romanas (*com.* 199), el teatro y el ágora (*com.* 26), el gimnasio (*com.* 35), sus instituciones y quienes las regentan: la asamblea, la magistratura, el consejo, el priteo (*com.* 23-25, 53), e incluso nos concede el privilegio de contemplar las costumbres de sus habitantes: sus comidas y banquetes (*com.* 59-61), cómo visten (*com.* 31-32) o celebran sus bodas (*com.* 69-73).

A modo de apéndice, en una tercera sección más breve, bajo el título "Excursus y Cronología" (págs. 239-258), el autor nos regala un atractivo artículo, ya publicado pero oportunamente actualizado, con el que pretende aclarar un pasaje no demasiado explícito del *Euboico*: "no se interpreten con cantos ni danzas los sufrimientos de Níobe o de Tiestes" (§ 119). Tras la introducción que informa sobre la censura que Dión dirige contra ciertas profesiones, como las inútiles ocupaciones vinculadas al lujo, el autor dedica un primer apartado a puntualizar qué razones le mueven a condenar a los profesionales del espectáculo. En el segundo apartado, esta misma indagación se centra en las dramáticas representaciones de los míticos personajes Níobe y Tiestes, cuya repulsa en Dión halla explicación en las notas trágicas, patéticas y de mal gusto que suelen acompañar sus interpretaciones. A continuación, culmina el autor ofreciendo una tabla cronológica que sitúa al lector en el contexto histórico de la obra.

Por último se incluyen los índices (págs. 259-276) que dan cierre al libro. Estos índices, utilísimos para estudiosos e investigadores, permiten acceder con comodidad y rapidez a la información que el libro atesora. El primero, "De palabras griegas" (págs. 261-262), presenta un alto interés lexicográfico; el segundo, "De nombres y lugares" (pág. 263), puede ser provechoso para estudios mitográficos, historiográficos, etc; el tercer índice "De referencias a los discursos de Dión" (págs. 264-266), resulta muy interesante al poner esta obra en relación con el resto de su producción literaria y contará con el aprecio de especialistas en el propio Dión, literatura griega y latina altoimperial, filosofía cínica, etc.; el último índice, "De autores antiguos y obras citadas" (págs. 267-276), es particularmente relevante por mostrar el enorme despliegue documental utilizado para esta edición y que la hacen merecedora de proporcionales elogios. La impresión que produce la extensa relación de literatos, filósofos, trágicos, polígrafos, historiadores, comediógrafos, escoliastas, paremiógrafos, poetas, etc., que pueblan estas páginas, sólo se ve superada por el asombro que provoca examinar la dimensión de algunas de sus entradas: Eurípides, Homero, Pausanias, Platón, Plutarco...

En suma, un libro impecable, con un extenso estudio preliminar riguroso y bien documentado, una edición que une a la siempre deseada pero infrecuente presentación bilingüe, el crítico examen filológico, la calidad científica e investigadora habitual en la valiosa producción del prof. Ángel

Urbán. Gracias a sus conocimientos humanísticos y sólida formación, la presente edición crítica ofrece un amplio, profundo y brillante comentario; además de una fiel y fresca traducción. El fácil y cómodo acceso que proporcionan sus índices, esmerada y meticulosamente elaborados, convierten esta obra en una útil herramienta de consulta.

Debe señalarse, por último, que las notables aportaciones de esta edición la convierten ya en obligada referencia para cualquier estudio en torno a Dión y su obra. No cabe duda que esta reflexiva y renovada lectura del *Euboico*, la misma que Dión exigió para entender a los clásicos, representa una gran contribución para precisar y comprender su pleno significado. Esperamos con anhelo que el autor siga regalándonos nuevos libros y estudios sobre este autor cínico y su obra que bien conoce. Sólo nos resta dispensarle una cordial felicitación por tan brillante trabajo y reconocerle, una vez más, su espléndido magisterio. [ENRIQUE BENÍTEZ RODRÍGUEZ]

ESPEJO GUTIÉRREZ, Joaquín, *La Lengua Ibérica: su influencia en el vascuence*, Servicio de Publicaciones San Pablo CEU, 2003, 304 págs.

Nuestra primera reacción ante este libro ha sido la de alabar la labor investigadora constante y tenaz del autor, a quien, tras veinte años de dedicación a este complejo y engorroso empeño, le asaltan dudas aún sobre la madurez de sus conclusiones. Loable actitud, sin duda, ante la precipitación y la imprudencia que guía a no pocos trabajos de investigación actual. A sus palabras nos remitimos: “He dudado mucho en publicar este escrito, producto de muchas horas de paciente observación...”.

El autor hace una incursión en el problema vasco-ibérico adoptando e invocando, desde el comienzo, el talante de precaución del lingüista A. Tobar, gran autoridad en este controvertido y complejo tema. De hecho, lejos de presentarse como experto y al contrario que lo hicieran algunos insensatos precedentes, el autor nos lleva con gran sencillez y humildad por esos oscuros e inseguros laberintos de los datos inconexos, vestigios fragmentarios e hipótesis verosímiles.

Esta necesaria y precavida “*captatio benevolentiae*” se convierte en requisito obligatorio al emprender la ardua tarea de confrontar la propia interpretación de los propios datos de inscripciones proto-ibéricas con los ya existentes, modificando posibles relaciones, siempre veladas y poco definibles, con la lengua vasca. No obstante, no nos engaña desde el inicio: “mucho de lo que se expone son intuiciones...”. Pero como de la duda se vislumbra una pequeña llama de luz, merece la pena adentrarse en tan aventurada incursión de la mano de tan prudente y avezado investigador. Cabos sueltos van quedando aquí y allá, son ineludibles y esperables, pero, bajo su mirada escrutinadora, se van desgranando los datos aleatorios y

aparentemente inconexos con mayor coherencia y orden de lo que cabía esperar.

De los capítulos 1 al 5 aborda el problema de la escritura de las inscripciones ibéricas, como la aparecida en la cerámica de San Miguel de Liria (Valencia).

De los capítulos 6 al 12 se centra en cuestiones lingüísticas (verbos, pronombres, calificativos, numerales etc) interpolando al tiempo cuestiones de historia externa y cultura antigua, como el origen del bronce de Ascoli o los vasos de Liria. Ello hace que la lectura fluya de forma amena y natural sin agobiar al lector medio, no experto, con tecnicismos abstrusos y datos excesivos.

En el capítulo 12 aborda la difícil cuestión comparativa entre el ibérico y el vasco, invocando a las autoridades precedentes en tan oscuro tema: Pio Beltrán, Gómez Moreno, Antonio Tobar, Luis Michelena, entre otros, son tenidos en cuenta a la hora de enfocar aspectos minuciosos y complejos de unidades lingüísticas como prefijos, sufijos, lexemas etc. Hay teorías más aproximadoras (G. Moreno, con la iberización del vascoence, con su valiosa aportación a la transcripción del alfabeto ibérico en 1949, "la escritura ibérica y su lenguaje"), otras que hablan de influencias mutuas en la lejana prerromanización, y otras, en fin, que son disgregadoras, como la de Tobar, que acude al concepto de lenguas pre-célticas y pre-indoeuropeas. Ya decía el gran filólogo Michelena en su artículo de 1964 "sobre el pasado de la lengua vasca" que "el hecho es que el ibérico constituye hoy por hoy [y, añadamos, hasta hoy mismo], el campo más prometedor, por sus mismas dificultades y hasta contradicciones, para quien desee penetrar en la prehistoria de la lengua vasca".

Los plomos de Levante, sobre todo de Alcoy y La Bastida, han sido y siguen siendo objeto de análisis tras las transcripciones primeras de G. Moreno y P. Beltrán. Se añade a tales planchas de metal las estelas sepulcrales, las cerámicas inscritas que son soportes físicos duraderos y poco mutables. El autor del presente libro estudia y añade datos en la lectura de la cerámica de San Miguel de Liria que difieren de interpretaciones de grandes especialistas anteriores. Esa es su valiosa aportación a tan debatido y polémico tema. El verbo ibérico 'bani' es sometido a riguroso análisis e ilumina ciertas áreas oscuras de las "cerradas tinieblas que nos rodean" (*apud* Michelena) al abordar una mínima gramática formal reconstruida con los textos de tan antigua lengua.

Al lector le queda claro, en definitiva, que vasco e ibérico compartieron territorios comunes, que se influenciaron mutuamente y que, "a falta de un lazo de parentesco genético", se puede utilizar metodológicamente una afinidad tipológica que ayude a reconstruir sus antiguas formas. El método "analógico" de Pio Beltrán da buenos frutos, sin duda, aunque las cautelas y reservas siempre está prestas a cortar nudos de unión. La dificultad, nos dice

el autor, está en dosificar las analogías “que, sin duda, existen y son bastantes más de las que muchos piensan”. Esos son los hechos que ha comprobado minuciosamente e interpretado con moderada osadía el autor. Y moderado ha de ser el atrevimiento en tan resbaloso tema, y no caer en vagas mixtificaciones y veleidades sin cuento, como lo hicieran autores no lingüistas de osadía desmedida y temeraria, como los del reciente “Egipcios, Bereberes, Guanches y Vascos” de Antonio Arnáiz y Jorge Alonso (Estudios Complutenses, 2000) y criticado con la dureza que exige el rigor lingüístico por Enrique Bernárdez (“¿Qué son las Lenguas”, Alianza, 2000).

En el capítulo 7 profundiza sobre la enigmática palabra “agiar” de G. Moreno. En el 8 trata de los nombres sustantivos y los calificativos, así como de los numerales ibéricos, en el 9 hace un giro cultural hacia el Bronce de Ascoli y la onomástica implicada. En el 10 vuelve sobre su tema preferido y su autor más admirado, los vasos de cerámica de Liria y Pio Beltrán. En el 11 se aventura algo más en la sintaxis y morfología ibéricas, aduciendo numerosos ejemplos que le sirven de apoyatura documental.

En el capítulo finales 12 al 14 trae inscripciones y va recapitulando lo expuesto y aduciendo palabras y citas largas asentadas en la sensatez por parte de filólogos y especialistas de gran prestigio como Tobar, Michelena o Moreno. Michelena, tras largos años de dedicación filológica, opina que “observamos en estos textos toda una serie de coincidencias con el vasco. Estas coincidencias o semejanzas afectan a los sistemas fonológicos, ya que el ibérico, en la medida en que lo podemos adivinar a través de la escritura, parece no haber sido muy distinto del vasco antiguo... De aquí resulta el curioso aire vasco que tiene un texto ibérico leído en voz alta según nuestro saber y entender.”

No hay duda ya de que eran lenguas ambas, ibérico y vasco, de origen y carácter totalmente diferentes, si bien las influencias mutuas son inequívocas. Y más probablemente, según numerosos indicios, como los préstamos alusivos a la vida corriente (‘goi’ alto, ‘sakar’ viejo, ‘zaldú’ caballo, ‘ildur’ noche, ‘berri’ nuevo, y palabras alusivas a la familia) la fuerte influencia se realizó desde el ibérico hacia el vasco y no al revés. Lo cual explica el fenómeno de hibridación profunda (semejante a la del normando y el anglosajón en el inglés actual) en aquellas tierras que fueron compartidas durante milenios.

Da al final un breve vocabulario que ayuda a leer algunos textos inscritos. Eso sí, la edición no está exenta de erratas y otros errores de puntuación que piden una revisión más escrupulosa con vistas a una merecida segunda edición. [VICENTE LÓPEZ FOLGADO]

SVEVO, Italo, *La Coscienza di Zeno*, Madrid, Gredos, 1923.

È da segnalare la recente uscita, all'interno della collana “Biblioteca universal” della casa editrice Gredos, di un nuovo volume. Si tratta della

traduzione in spagnolo de *La Coscienza di Zeno* di Italo Svevo (1923). Com'è d'uso per le opere edite all'interno di questa particolare collezione, il testo tradotto da Mercedes Rodríguez Fierro è preceduto da una corposa introduzione a cura di Elisa Martínez Garrido, seguita da un quadro cronologico e da una nota bibliografica che raccoglie gli studi più attuali pubblicati sull'autore e sulla sua opera.

L'introduzione è composta da tre parti. La prima riguarda la ricostruzione delle vicende biografiche dell'autore con gli opportuni agganci alla realtà culturale, politico e sociale dell'epoca e della città in cui visse: Trieste a cavallo tra l'Ottocento e il Novecento. In particolare, va segnalata la lettura che fa la Martínez del percorso esistenziale dell'autore in cui rinviene la duplicità oppositiva secondo cui si snoderebbe la vita dello stesso: uomo d'affari e borghese da un lato e letterato dall'altro.

Con queste preziose indicazioni, che configurano il ritratto umano e artistico di Ettore Schmitz/Italo Svevo, la Martínez si addentra nella trattazione delle tre opere fondamentali dell'esperienza artistica di Svevo: *Una Vita*, *Senilità* e *La Coscienza di Zeno*. Viene così fornito ai lettori, soprattutto per coloro che fossero al loro primo incontro con l'opera del triestino, una visione panoramica complessiva del suo iter artistico-creativo che lo situa in pieno Novecento. Allo scopo di definire la qualità essenziale della poetica sveviana, la Martínez fa ricorso alla descrizione dei protagonisti delle tre opere, prima separatamente e poi comparativamente, svelando di rimando i complessi motivi narrativi e le reti tematiche che attraversano l'intera produzione di questo scrittore e di cui ne costituiscono i tratti costitutivi e qualificanti. In particolare, l'analisi trasversale sui testi è tesa a rintracciare l'evoluzione della figura tipologica dell'inetto che dimostra di essere non solo l'asse tematico e organizzatore dei romanzi di Svevo, ma anche, come ben sappiamo, figura sintomatica del romanzo europeo del XX secolo.

L'ultima parte dell'introduzione riguarda esclusivamente la *Coscienza*. Qui vi si mette in atto una lettura in chiave psicoanalitica del romanzo attraverso la quale la Martínez riesce a integrare le strutture e il contenuto illuminandone il senso globale. Mette in evidenza il significato delle modalità narrative, delle costruzioni temporali del romanzo, nonché dell'organicità tematica dei cinque capitoli in cui si divide il testo, stabilendo un collegamento tra queste componenti e il centro propulsore stesso della narrazione che è la particolare "estructura psicológica" del personaggio la quale, a sua volta, è la fonte e la motivazione originaria della confessione/memoriale di Zeno. Tutto ciò, senza tralasciare però di indicare l'esistenza e il valore degli eventuali agganci tra il testo e il mondo culturale dello scrittore, in cui rientrano grandi pensatori come Freud e Bergson, per citare solo alcuni dei protagonisti della grande svolta epistemologica della fine del secolo.

Tale prospettiva si concretizza poi nel quadro cronologico in cui vengono forniti dati concreti relativi tanto alle vicende biografiche dello scrittore quanto ai principali eventi culturali e storici del periodo che va dal 1861 al 1928: date della nascita e della morte dello scrittore.

L'introduzione, che prende spunto dai più attuali studi critici pubblicati sull'opera e sull'autore, è un'eccellente premessa a un'altrettanto ottima traduzione del testo in spagnolo che restituisce una versione, in una lingua fresca e attuale, di un'opera di grande portata intellettuale.

Per quanto riguarda l'operazione di traduzione, va detto che la lingua di Svevo, non sempre scorrevole e a volte nemmeno così impeccabile, tanto da inficiarne occasionalmente l'intelligibilità, oppone all'eventuale traduttore seri problemi di decifrazione e di traducibilità, legati, come dicevamo, a una serie di fenomeni che, stratificati all'interno della scrittura, sono dovuti sia al bilinguismo (anzi, trilinguismo si aggiunga al dialetto triestino e all'italiano pure il tedesco) dell'autore, per il quale l'italiano è una lingua di seconda acquisizione, sia alla scarsa sistematicità del mezzo linguistico, propria dell'italiano all'epoca della composizione del romanzo.

L'assenza di un modello linguistico di riferimento quindi, nonché gli influssi dialettali e popolari, insieme alla difficoltà di adeguarsi a usi dell'italiano non ben posseduti danno alla lingua di Svevo un aspetto ibrido, quasi da esperanto. La traduttrice si è dovuta misurare, perciò, con problemi che interessano i vari livelli del codice linguistico, da quelli grafico-fonetici e morfologici, più facilmente risolvibili, a quelli sintattici e lessicali, a volte, ben più complessi.

Si veda, al proposito, il vacillante uso delle preposizioni o l'incertezza sull'opposizione indicativo/congiuntivo e sulla *consecutio temporum* delle frasi dipendenti. Per dare un esempio esaustivo di tali problematiche, ben si presta un brano in cui vi si trovano accorpati alcuni casi delle difficoltà appena elencate e che metteremo a confronto con la traduzione spagnola. Nel seguente frammento testuale:

“Venivo addirittura buttato fuori dalla mia prigione.
Da basso una donna fu pronta ad aprirmi la porta.
Non avevo un soldo con me e mormorai: —La
mancia gliela darò un'altra volta. Non si può mai
conoscere il futuro. Da me le cose si ripetono: non
era escluso ch'io fossi ripassato per di là”

si possono rinvenire un uso impreciso delle diverse forme verbali, culminanti in quella dell'ultima orazione dipendente, a cui va unita quello della preposizione *da*, chiaro adattamento del tedesco *bei*. L'intero brano è reso dalla traduttrice in modo molto più fluido in spagnolo:

“Tal parecía que me expulsaran de mi prisión. Abajo, una mujer se apresuró a abrirme la puerta. No tenía ni un céntimo encima y murmuré: — La propina, se la daré en otra ocasión. No se puede conocer el futuro. En mi caso, las cosas se repiten. No había que excluir que yo tuviera que volver a pasar por ese sitio”

Non proprio trascurabile è anche un'altra difficoltà che il testo originale presenta all'essere tradotto, ed è quella rappresentata dalla punteggiatura, in certi paragrafi addirittura del tutto assente. Sembra si affidi al lettore, e nel nostro caso alla traduttrice, il compito di determinare il ritmo della lettura che produrrà, così, in modo arbitrario un certo significato piuttosto di un altro. Le sfumature di senso varieranno in base al numero e alla posizione di punti e virgole, omessi dall'autore, ma fondamentali per la lettura e la comprensione del testo.

In più occasioni, inoltre, a livelli probabilmente più complessi del codice linguistico, la traduttrice è riuscita a districare nodi semantici e sintattici che di volta in volta presentava il testo, chiarendolo nel volgerlo allo spagnolo. Si noti ad esempio l'affanno che emerge dal seguente esempio:

“Io dovevo sposare lei e lei me, ed io non domandavo quello ch'essa pensasse né pensavo potrebbe toccarmi di essere io costretto di dare delle spiegazioni”

e la maggiore scorrevolezza che acquista all'essere tradotto:

“Yo tenía que casarme con ella y ella conmigo y yo no preguntaba qué es lo que ella pensaba ni consideraba que estuviera yo obligado a dar ninguna explicación”

E ancora l'accusa sintatticamente sconnessa della moglie del protagonista a Zeno:

“Così hai fatto in modo ch'egli è morto proprio per una cosa che non ne valeva la pena”

reso in spagnolo:

“Con lo que has hecho has conseguido que él haya muerto por algo que no merecía la pena”

Tali esempi mettono in risalto la perizia della traduttrice nell'atto di risalire al senso compiuto della frase e in quello di restituirlo in spagnolo,

soprattutto in quei punti in cui il testo si presenta ambiguo o addirittura poco corretto. Ciononostante, riesce comunque a mantenere, anche in castigliano, quell'aspetto intricato e contorto proprio della lingua sveviana che ben si addice alle involute elucubrazioni del paranoico Zeno.

Meno aderente all'originale, si è tenuta invece la Rodriguez nella traduzione di quei termini letterari, e già desueti negli anni venti, che pullulano nel romanzo. Ciò si riallaccia a una tendenza della scrittura sveviana, per cui se per un verso l'autore cerca di omettere dialettismi e regionalismi lessicali, pochi e limitati al dialogato, dall'altro verso abusa di termini mutuati dalla tradizione aulica della letteratura italiana, indice di quell'ansia continua dello *scrivere bene* che assillava lo scrittore triestino. Termini come *abbacinare*, *contendere*, *obliare*, *sviziarmi*, *svezzarmi*, *propinare*, *tardava*, testimoniano una certa tendenza all'ipercorrettismo che nel testo spagnolo è attenuato, dato che la scelta della traduttrice cade su vocaboli spagnoli di uso più comune e corrente; così che, ad esempio, in luogo di "all'ufficiale *tardava* di essere lasciato solo", in cui il termine in questione significa alla lettera "pareva tardi che succedesse" e denuncia poca proprietà nell'uso datogli, è reso "el oficial *ardía en deseos* de que se le dejara solo", che, pur rivelando l'operazione interpretativa della traduttrice, pare essere più coerente al contesto e azzeccare il significato globale della frase.

Per quanto riguarda, infine, lo stile di Svevo, la traduzione riesce a rispettarne, in generale, i tratti individuali, dalla sintassi in prevalenza ipotattica, alle strutture dei periodi, ai procedimenti retorici.

Non poche devono essere state, come si deduce dagli esempi addotti, le difficoltà a cui la traduttrice è andata incontro, nel caso della scrittura sveviana infatti, —e lo mette in evidenza anche la Martínez nell'introduzione— a quelle conseguenti dall'operazione di trasferimento di contenuti linguistici e socio-culturali dall'italiano allo spagnolo, se ne aggiungono altre riguardanti il plurilinguismo di Svevo e la situazione linguistica a lui contemporanea. Pur tuttavia ci pare che siano stati superati egregiamente sia i problemi di decifrabilità del testo di partenza, sia quelli derivanti dal peculiare stile misto che qualifica la scrittura sveviana, originale mescolanza di elementi colloquiali, aulici e termini dell'italiano più moderno. La traduzione, pur aderendo al significato originale, tende a livellare tali disuguaglianze proponendo una versione del testo, sotto il profilo linguistico, omogenea, pur rispettandone le peculiarità stilistiche.

È da sottolineare, infine, il valore che riveste, a nostro avviso, la traduzione e l'operazione di cui tanto le curatrici del volume quanto il responsabile della collana si sono fatti promotori, quello dell'aver messo a disposizione dei lettori ispanofoni una versione aggiornata di un'opera fondamentale per la cultura europea novecentesca. [LINDA GAROSI]

TUSÓN VALLS, Jesús, *Introducción al lenguaje*, Barcelona, Editorial UOC, noviembre de 2003, 183 págs.

Cada vez son menos, por desgracia, los estudiantes e investigadores que se inician en la formación humanística. El fin principal de esta útil *Introducción* elaborada por Jesús Tusón es facilitar el conocimiento del lenguaje humano y de la ciencia de que es objeto: la Lingüística, a quienes siguen estudios de filología, periodismo, traducción, etc., y a todo aquel que quiera obtener respuestas a una cuestión primordial: "qué es el lenguaje".

Para ello, organiza su obra en cinco capítulos cuyo desarrollo considera, en el propio prólogo a la misma, "todo un conjunto de aspectos referentes a las características generales del lenguaje y de las lenguas, sin entrar directamente en territorios más particulares y especializados (fonética, fonología, morfología, sintaxis y semántica)" (pág. 12).

En el primero de ellos, "Los orígenes del lenguaje" (págs. 15-38), de carácter introductorio, plantea la cuestión de cómo y porqué surgió esta facultad expresiva en el transcurso de la evolución, así como las ventajas del sistema oral-auditivo como vía óptima de la comunicación humana, diferenciada de la animal. En cuanto a la primera cuestión, Tusón se remonta a tiempos antiguos, en los que el origen del lenguaje estaba rodeado de mitos que lo consideraban un don divino, para concluir finalmente que, pese a la oscuridad que sigue rodeando a este tema, las propuestas de los lingüistas contemporáneos hacen surgir el lenguaje de los gestos y gritos de los humanos primitivos mediante la imitación. Concretamente, se sitúa en el marco de la teoría evolutiva de las especies, sobre todo de los primates más avanzados. En este sentido, queda claro, según el acuerdo al que llegan unánimemente lingüistas, paleoantropólogos y neurólogos, que la aparición de la especie *Homo sapiens* es rigurosamente correlativa a la aparición del lenguaje hace cien mil años.

Tras enumerar las ventajas que la opción sonora tiene sobre la gestual-auditiva de otras especies, pues permitió mejores adaptaciones, sobre todo de tipo social, y una mayor efectividad comunicativa; este investigador catalán se asoma a "los horizontes de la comunicación" para definir el lenguaje como un "sistema de comunicación y de autoexpresión, de base vocal y auditiva, propio y exclusivo de los seres humanos" (pág.23), cuyos ilimitados poderes, como los del pensamiento, lo convierten en un medio "diferente", "no inferior" al de otras formas de comunicación animal, determinadas genéticamente, como la de la "danza" de las abejas o los gritos de peligro de los arcpitecos de cara negra, examinados a modo de ejemplo.

Finalmente, se estudian en este primer capítulo las características del lenguaje comunes a varias especies (humanos, delfines, abejas, simios), enumeradas en la lista que confeccionó Charles F. Hockett en 1958, junto con algunos de los rasgos que resultan específicamente humanos, entre los que destacaremos la arbitrariedad de las señales, la posibilidad de hacer referencia

al tiempo y la productividad (basada en la dualidad estructural) de las lenguas.

Una vez caracterizado el lenguaje humano como nuestro instrumento para la comunicación, aborda en el segundo capítulo (págs. 39-63) el análisis de "la complejidad del acto comunicativo" en sí mismo y "el poder comunicativo de las señales" y su tipología. Primeramente, sitúa el lenguaje dentro del marco general de la comunicación, estudiando tanto los factores cuya existencia es absolutamente necesaria para que el viaje de las señales entre la fuente productora y el punto de destino se cumpla con garantías de éxito (referente, emisor, mensaje, receptor, canal, referente, según el esquema de la pág. 40); como las funciones a las que cada uno de estos seis elementos da lugar: expresiva, conativa, poética, referencial, metalingüística y fática. Asimismo, Tusón hace una introducción a las diversas formas que puede presentar el acto comunicativo, seleccionando únicamente los polos del citado esquema -emisor y receptor-, de ahí que se centre fundamentalmente en los apartados de comunicación unidireccional y bidireccional, con sus respectivas variantes.

Pero como "todo proceso de comunicación se basa en la transmisión de señales" (pág. 60), se ocupa también de realizar un breve apunte sobre Semiótica aludiendo a la tripartición propuesta por Charles S. Peirce: "indicios o síntomas, iconos o imágenes y símbolos o signos convencionales", establecida a partir del tipo de relación existente entre cada clase de señal y su referente (de contacto o contigüidad, de semejanza o convencional, respectivamente). Gracias a ésta, el autor arguye que las señales lingüísticas son símbolos convencionales que suelen funcionar mediante sistemas de lenguas, organizados normalmente en oposiciones. No obstante, no puede obviar la existencia de desajustes, como la sinonimia y la polisemia, que pueden entenderse positivamente como elementos de riqueza y economía del lenguaje.

El tercer capítulo, "Las lenguas del mundo: diversidad y unidad" (págs. 65-102), constituye una introducción cultural a la pluralidad lingüística, a los tipos de lenguas, a las familias en que agrupan y a su localización geográfica. Según el autor, no existe una lengua particular y privilegiada, sino que cada una de las lenguas del mundo debe ser entendida como una de las realizaciones posibles del lenguaje. Éstas pueden agruparse conforme a dos criterios: el genético, que establece familias de lenguas gracias al estudio de sus semejanzas y diferencias; y el tipológico, que investiga las características internas de las lenguas en un ejercicio de comparación estructural.

Después de esta explicación inicial básica de las cuestiones planteadas, afronta Tusón la tarea de exponer algunas nociones cardinales de Geolingüística. Aporta al respecto datos teóricos y reales que son confrontados en tablas que ilustran la distribución de las lenguas por número de hablantes, la ordenación de las lenguas más habladas del mundo, etc.

Pero el lingüista catalán pretende ser más preciso y profundiza en el desarrollo de la clasificación genética de las lenguas, basada en el parentesco, según la cual pueden hacerse diagramas genealógicos de las familias en que se agrupan: 19 familias (agrupadas en 17 filiums) según Rulhen, como podemos comprobar en los que ofrece y en el mapa de distribución de lenguas del mundo. Quizá la familia indoeuropea o "indohitita" sea el grupo mejor estudiado, de ahí que Tusón lo escoja como ejemplo.

Del mismo modo, se centra también en la sistematización tipológica, hecha sobre la base de similitudes estructurales, al margen del parentesco, las cuales se fijan atendiendo a la forma de diversos elementos. Así pues, la estructuración de la palabra permite distinguir entre lenguas flexivas, aglutinantes y aislantes; el orden oracional, entre lenguas en las que predominan las colocaciones SVO (la más privilegiada por un tiempo), SOV y VSO, respectivamente; y el sistema fonológico establecido, entre las lenguas que constan de tres elementos vocálicos, las de cinco y las de siete.

En cuanto a la diversidad lingüística, otro aspecto al que se refiere el autor de forma genérica, como siempre, es la creación de lenguas artificiales, como el *esperanto* —variante analizada con mayor detenimiento—, creadas idealmente con el afán de llegar a constituir un lenguaje universal; además de la formación de *pidgins* o semilenguas formadas a partir del contacto lingüístico entre personas de origen y lengua diferentes, y de criollos, fruto de la transmisión de éstos a las nuevas generaciones.

Estas últimas propiedades del lenguaje le permiten sustentar la hipótesis de una predisposición innata hacia el mismo, rasgo común a todas las lenguas del mundo, junto con el hecho de que todas se pueden traducir y tienen facilidad de aprendizaje, entre otros, que conforman algunos de los llamados "universales lingüísticos" compartidos por las diferentes lenguas, para nada incompatibles con la realidad de la diversidad lingüística que encontramos en el mundo.

Pasamos ya al que constituye el último capítulo dedicado a cuestiones propiamente lingüísticas, "Las variedades lingüísticas y el cambio" (págs. 103-132), dado que el final se ocupará de ofrecernos un amplio y esencial panorama de la historia de esta ciencia desde sus orígenes hasta nuestros días. Además, el presente episodio es el que describe aspectos más particulares, pues trata de establecer delimitaciones conceptuales entre los términos lengua, dialecto e idiolecto (especialmente entre los dos primeros), que a menudo son usados con escasa precisión, pudiendo originar malentendidos.

En primer lugar, el idiolecto ha sido definido como "el conjunto de usos lingüísticos propios de cada persona" (pág. 105). Se trata de una modulación propia de los recursos contenidos en el dialecto-lengua (incluso en un registro determinado, como el estándar) y está controlado por el espacio común de la intercomprensión comunicativa.

A medio camino en la progresión desde el concepto de lengua interna hasta la lengua externa, encontramos el estudio de la noción de dialecto en sus dos acepciones. Según la primera de ellas, se concibe como "lengua derivada de otra" (pág. 106), así como el francés deriva del latín, por ejemplo. En su segunda acepción, la más habitual, el dialecto es una "variedad geográfica dentro de una misma lengua" (pág. 107), lo que lleva a Tusón a tratar también conceptos como la "intercomprensión" y la "distancia lingüística". En este sentido, considero acertado el interés manifiesto por el autor en resaltar el carácter no peyorativo del término dialecto, mal considerado durante mucho tiempo, dado que —como dice— "cualquier dialecto es una concreción de la lengua junto a otras concreciones del mismo nivel" (pág. 110), sin diferencias de superioridad o inferioridad algunas.

Llegamos a la difícil definición de lengua, que, entendida como construcción interna, se explica como "el conjunto de recursos verbales que encontramos en cada hablante" (pág. 112) —significado muy similar al de idiolecto—; pero, concebida ya en su acepción externa, la que más interesa al autor en este momento, se define como el "sistema de recursos verbales (fonológicos, morfológicos, sintácticos y léxicos) sustancialmente homogéneos que, interiorizados por todos los miembros de una comunidad, permiten un grado razonable de intercomunicación lingüística" (pág. 114). En definitiva, la lengua se concibe como el espacio común que contiene todas las variedades: las idiolectales, las dialectales e incluso las de los registros (formales e informales), que son las modulaciones sociales de la lengua adaptada a la realidad del uso, diferente en cada caso, cuya elección está determinada, principalmente, por el tema, el lugar y los participantes.

Además de la definición de todas estas cuestiones, este capítulo incluye también unas breves consideraciones sobre la evolución de las lenguas y los factores que intervienen en los procesos de cambio y sustitución. Así pues, alude Tusón a la historicidad que provoca el cambio lingüístico, fácilmente apreciable en el léxico, que se debe, más concretamente, a causas externas como el contacto con lenguas vecinas, los préstamos y la influencia del sustrato; e internas, como la analogía y otros reajustes del sistema que no tienen explicación clara, denominados "cambios ciegos". Del mismo modo, se ocupa de otro fenómeno relacionado con la evolución de las lenguas: su "muerte", motivada por la ruptura de la transmisión intergeneracional, consecuencia habitual de la pérdida de prestigio de la misma.

El postrer capítulo, al que ya hemos hecho referencia, "Historia de la lingüística" (págs. 133-168), presenta un breve recorrido a través de las etapas más importantes del pensamiento lingüístico, el cual comienza con la labor iniciada por Platón en tiempos antiguos, que ya entonces seguirían otros pensadores y filósofos grecolatinos, entre ellos Aristóteles, Dionisio de Tracia o Prisciano.

Continúa Tusón destacando la relevancia de las gramáticas filosóficas de los *modistae* de época medieval, así como la de la ingente producción de gramáticas de lenguas "vulgares", por una parte, y de gramáticas racionales, por otra, que tuvo lugar en el Renacimiento.

De las ideas lingüísticas de la Ilustración y el Romanticismo, resalta la gran diversidad de temas de estudio que aparecen en la multitud de tratados de tono ensayístico escritos en este periodo, al que sucederá una etapa mucho más empírica, dado que el siglo XIX traería consigo los trabajos de observación de datos y la elaboración de las metodologías que permiten hermanar lenguas alejadas en el tiempo y en el espacio, como las indoeuropeas, cuyo perfeccionamiento daría lugar a la creación de las gramáticas históricas.

Llegamos así al final del recorrido por nuestra historia lingüística: el siglo XX, en el que confluyen la multitud de disciplinas científicas que establecen puentes con la Lingüística, tales como la Psicología, la Sociología, la Filosofía del lenguaje o la Antropología. Apertura interdisciplinaria que favorece el nacimiento de nuevas líneas de trabajo, como la lingüística estructural en Europa, iniciada y protagonizada por Saussure y su *Curso de lingüística general* (1916); la consolidación del descriptivismo en Estados Unidos, gracias a la metodología descriptivista establecida por L. Bloomfield (1933); los orígenes y el desarrollo de la gramática generativa y transformacional, que supone un cambio radical en los planteamientos lingüísticos de la mano de Noam Chomsky (*Syntactic Structures*, 1957); y la aparición última de la gramática del texto o del discurso y de la etnografía de la comunicación.

En conclusión, Jesús Tusón ha sabido elaborar un completo y riguroso manual de Lingüística, que abarca cuantas cuestiones interesantes pueden plantearse acerca de la forma humana de comunicación más distintiva: el lenguaje, incluida su dimensión histórica. Y lo hace de forma clara y explícita, además de sumamente didáctica, gracias a los resúmenes y las aplicaciones prácticas que siguen a cada uno de los cinco capítulos que integran este loable trabajo de uno de los mejores lingüistas de nuestros días.
[MARÍA JESÚS MORENO SOLÍS]